

¿COMO RESPONDEMOS LAS FEMINISTAS
A LA VIOLENCIA DE OTRAS FEMINISTAS?

O

"ES UN TEMA MUY COMPLEJO..."

Hilda Rais

Trabajo leído el 10 de diciembre de 1987 en LUGAR DE MUJER
para el taller del mismo nombre.

CeDInCI

Mi propuesta es comenzar, formalmente, a reflexionar juntas acerca de la violencia entre nosotras, dado que existe. No voy a ocuparme ahora de quienes la ejercen sino de las respuestas que damos como feministas porque tenemos, primero, dificultad en incluir dentro del campo de la violencia un hecho proveniente de una feminista y, luego, dificultad en reconocer que ese hecho nos atañe a todas. También porque muchas veces la respuesta individual no coincide con lo que ^{SE} sostiene en el discurso, o bien la posición individual no es sostenida en lo grupal o institucional.

El tema de la violencia contra las mujeres no parece ofrecer serios motivos de disidencia, conflicto o confusión en tanto quienes la ejerzan sean "los otros". A esta altura, de todos modos, ya podemos reconocer que también una mujer puede ser agresora, porque entendimos que pertenecer a un sexo biológico no garantiza nada y compartir la opresión de género no significa que todas las mujeres seamos iguales, buenas y maravillosas. Igual sufrimos políticamente un poco si quien agrede es una mujer, pero si esta mujer es feminista perdemos no sólo pie sino cabeza (¿como si las feministas no fuéramos mujeres? ¿como si fuéramos mejores?) (apunto a una idealización que se cae). Cuando esto sucede, las respuestas que nos surgen son inquietantes. Tan inquietantes como su origen. Apelamos primero al feminismo para justificar nuestra sorpresa, pasada la cual -y especialmente ante la reiteración de ataques- cabría un reacomodamiento de la experiencia mediante un método de análisis de la realidad y producir respuestas acordes con nuestra identidad política. Cuando no, cuando nuestras respuestas se contradicen con lo que manifiestamente sostenemos, parecería que repentinamente desaparece la identidad feminista para reconocer (con cierta culpa, sí) que estamos "muy condicionadas por el género".

Para acercarme a lo que parece ser un nudo intransitable, doloroso, en todo caso incómodo, recurriré en principio al análisis -no exhaustivo- de dos casos concretos. Como mi intención apunta a la creación conjunta de pensamiento feminista elijo estos referentes, también, por ser nosotras protagonistas de una especificidad: feministas, argentinas. Hay una historia nacional compartida entrelazada con la historia que en el feminismo compartimos. Por todo esto propongo que, de entrada, enmarquemos pero no diluyamos este recorte dentro de los ejes mayores: violencia sexista, patriarcal, capitalista, ecológica, humana, nacional, continental, universal, planetaria, interplanetaria y etc., ejes en los cuales,

probablemente, desemboquemos luego.

REFERENTES

Los dos casos que tomaré se inician -pero no concluyen- casi simultáneamente: septiembre y octubre del 85. (Insisto en que se trata de un recorte y de algunos aspectos del mismo).

Caso n°1:

Una feminista distribuye un documento en el cual acusa, denigra, desprecia, denuncia y ataca a las feministas que defendemos los derechos humanos y nos solidarizamos con las Madres de Plaza de Mayo (lo mismo hace con las Madres, obviamente) en un momento, además, de recrudecimiento de atentados fascistas preelectorales.

Con la excepción de un grupo feminista -organizador de una jornada- que la declaró persona no grata mediante un cartel colocado en la puerta de dicha jornada, y una crítica en un trabajo teórico hecho por cinco feministas -que también se pronunciaron en esa jornada-, registro la discusión producida en otra institución en la cual prevaleció una respuesta que se traduce en algo así como "hacerle el vacío" o "matarla con la indiferencia" en vez de expulsar la de la institución; creo recordar que parte de la argumentación se vinculaba al hecho de que la misma no era nombrada explícitamente en ese documento y a que, en todo caso, nada de todo esto había ocurrido "adentro".

Las que desde hace dos años continuamos recibiendo documentos similares contra nosotras -en nuestros grupos, en nuestras casas-, las más decididas, digamos, hemos optado por el novedoso y extraordinario método de lucha que consiste en no saludarla cuando la vemos -o sea, en casi todos los eventos feministas-. Pronunciamiento público inadvertido por el conjunto de las mujeres ante quienes continúa apareciendo como un referente de liderazgo y como representante del feminismo argentino, usurpando un sello que pretende abarcar al feminismo en su totalidad.

Durante este tiempo hubo, también, alguna respuesta diferente. Mientras nos habituamos a recibir copias de delaciones contra cada vez más mujeres, y mientras habituarnos hace que las minimicemos, una de sus agresiones apareció en un diario matutino. Las destinatarias, esta vez, eran una funcionaria del estado y la recientemente liberada presa política por cuya libertad habíamos reclamado reiteradamente. La respuesta de todos los grupos fue inmediata, solidaria, organizada, unificada y, si bien no logramos el objetivo

de que fuera publicada en el mismo medio, reveló unidad de pensamiento y de acción al asumir la responsabilidad pública que como feministas tenemos.

Me pregunto ahora cuál fue el elemento diferente que produjo una respuesta diferente, ¿el medio en el cual apareció esa carta? ¿las mujeres que fueron atacadas?

Si se trata del medio, nosotras mismas creamos una nueva variante de la división entre lo público y lo privado si es que consideramos al espacio feminista como privado. Lo que ocurre "adentro" parecería pertenecer al ámbito de lo doméstico pero, además, contradictoriamente con lo que decimos hacia "afuera", este ámbito doméstico aparece como carente de significación política. ¿Por qué la falta de respuesta, por ejemplo, ante la aparición de otra de sus diatribas en Fempress? ¿es porque, total, Fempress sólo circula entre feministas?

Si se trata de las personas, ¿habría una jerarquización respecto a las víctimas? Para las feministas ¿es más grave un ataque a una funcionaria del área mujer y a una presa política que a dos o tres feministas sueltas o una diputada radical?

Estas son preguntas que me hago desde ser yo también una de las agredidas y examinar ahora mi inclusión en la estrategia del no saludo y la no respuesta, entrampándome -en este caso- a reducir a la dinámica individual un hecho colectivo.

Es fácil identificar a esta agresora con una ideología y una práctica claramente fascistas pero como se trata de una mujer, feminista, es muy común que se trate de indagar en su historia personal los motivos de su violencia, desviando la atención de lo político hacia lo emocional o -como también en el caso nº2- se consideren relevantes, para decidir una respuesta, la trayectoria anterior en el feminismo, el tipo de vínculo anterior con la o las víctimas, o el estado de su salud mental (aspecto que desarrollaré luego).

Caso nº2:

Una feminista ataca a otra -a mí- con un cuchillo y un punzón, en mi casa y ante testigos, produciéndome lesiones; hecho que, por sobrevivir al ataque, pude denunciar a la justicia y a la institución de pertenencia de ambas. Esta institución atravesó un período de un año y medio hasta decidir su expulsión (fundamentada en un documento interno) cuando finalizaba ya la suspensión decidida por asamblea y se acercaba el retorno de la agresora.

Durante la etapa inmediata a la denuncia las posiciones eran tan dispares, cuando no opuestas, que la necesidad de convocar a una asamblea surgió ante la incapacidad de quienes estaban delegadas en el lugar de decisión de tomar una resolución conjunta que las satisficiera.

Durante esta etapa, registro respuestas variadas. En primer lugar, cuestionar la legitimidad de mi denuncia por considerar esa agresión como un hecho privado al cual yo, equivocadamente, había hecho público. También hubo quienes me culpabilizaron con las tan conocidas frases de "por algo será", "¿vos que habrás hecho para provocar la agresión?". Apareció la afirmación "nadie está exento", tan similar al "todos somos culpables". Y la falsa posición "yo no puedo juzgar", falsa en tanto nadie dejó de juzgar y de condenar en lo individual, la imposibilidad residía en hacerse cargo de ese juicio y tomar responsablemente una posición.

Otros obstáculos tuvieron que ver con el miedo a la represalia y/o al padecimiento de la agresora si se la excluía, miedos semejantes a los que padecen las mujeres golpeadas, y también con el miedo a perder nuestra propia imagen de bondad y tolerancia, víctimas sufrientes a quienes violentaría un gesto de autodefensa.

En cuanto a diagnosticar que una agresora se volvió loca o "debe estar muy mal", es un intento de comprensión que permite evadir cualquier otro tipo de análisis y tiene varias ramificaciones: compadecer a la agresora, explicarse una conducta a través de lo inexplicable (la locura), y se trata de una creencia que persiste a pesar de las evidencias o diagnósticos reales. Los efectos de esta creencia son, por un lado, un prolongado estado de asombro y estupor ante cada nueva agresión ya que no se la espera, no se la prevee, no se articulan defensas porque no se reconoce en la otra una lúcida y sistemática voluntad destructiva. Por otro lado, la psicopatologización de la agresora actualiza un oscuro temor: si está loca no se sabe qué hará, puede ser peligrosa y es mejor no provocarla, no desencadenar más locura; la pasividad como manera de aplacar lo temido.

En otro nivel, diagnosticar enfermedad, "estar mal", pone en marcha un "deber ser" del feminismo: la solidaridad, pero entendida como asistencialismo, por el cual se intenta en vano ayudar a quien no lo requiere ni lo desea y, además, reivindica sus actos. No sugiero que esté mal preocuparse por el estado psíquico, emocional o afectivo de quien ejerce violencia, lo que cuestiono es poner

esa preocupación en lugar de el análisis político.

En el otro extremo del miedo está la negación de la peligrosidad, la esperanza de una imposible autocrítica y reparación, esperanza que sólo se pierde luego de comprobar la diversificación y la extensión de las agresiones cuando no hay nada que las impida.

Otras respuestas tienen que ver con el horror ante el castigo y la exclusión que se produce, a veces, en quienes reclaman en otros ámbitos juicio y castigo para todos los culpables. Dentro del grupo o la institución, asumir la decisión de sancionar o excluir nos convertiría en malas, o injustas, o tan violentas como la agresora, equiparando así lo no equiparable. Los intentos de convivencia militante producen crecimiento y fortalecimiento del espacio de poder de la agresora y, en consecuencia, la autoexclusión de todas nosotras y además, y en definitiva, pese a todos los intentos por negarlo, la agresora es quien se autoexcluye del grupo mediante la violencia.

En cuanto a la imagen pública (otros grupos o el mundo), la vergüenza, la sensación de catástrofe y crisis es propia de la vivencia de familia. "No podemos dar una imagen de problemas serios entre nosotras" y mientras se intenta reparar la fisura en casa para que no se vea -o directamente se la niega- afuera, otras feministas ven como incomprensible esa coexistencia tolerante o, al menos, como severamente contradictoria.

Hay otros recursos que empleamos en los espacios feministas más amplios: "si está ella yo no voy", "voy pero no le hablo", "si hablo no la miro". Estrategias de la debilidad, individuales siempre. O perdemos el espacio y se lo dejamos, o hacemos notar con delicadeza nuestro disgusto ya que "no se puede hacer otra cosa". No sólo nadie se entera sino que tampoco una se siente bien consigo misma al tener que ensayar todas las tácticas posibles en distintas gradaciones, todas menos el cuestionamiento, el enfrentamiento directo (que siguen quedando en el terreno de lo individual), menos la expresión pública y conjunta de una posición política.

Quiero agregar un párrafo respecto al ser víctima-denunciante: siempre he planteado mi denuncia y mi pedido de respuestas en el feminismo en términos feministas, políticos, y me ha ocurrido que se me despolitizara, es decir, no solamente mandándome al espacio de lo privado sino atribuyendo mi demanda al dolor, al deseo de venganza, a la falta de comprensión de las necesidades coyunturales, como si sólo tratara de continuar durante demasiado tiempo

con una cuestión personal "que ya pasó". Es decir, se me coloca en el lugar de "afectada directa", molesta pero comprensible. Como en otras áreas, rotular a una víctima-denunciante como "afectada directa" permite ponerla afuera y no comprender que determinados hechos nos afectan e incluyen.

He tomado tan sólo algunos aspectos de dos referentes que parecen ser casos extremos dentro de nuestra experiencia feminista. Puede pensarse que los ejemplos extremos no sirven ya que habitualmente enfrentamos situaciones menos dramáticas, entonces pensemos en cómo actuamos ante situaciones menos dramáticas y si nuestras respuestas son muy diferentes. Un ejemplo extremo es útil para ver que las respuestas no son menos conflictivas ni menos incoherentes cuanto más nítida o brutal es la agresión. Puede pensarse también que, precisamente, la agresión es tal que paraliza, pero vemos que en vez de parálisis se producen respuestas políticas y políticamente analizables.

También se dice que carecemos de referentes históricos (feministas) o de bibliografía como modelos para actuar en estos casos. Es como si sobrevivieran aún restos de la vieja añoranza por una especie de biblia feminista que nos impidiera producir respuestas originales basadas en nuestro propio análisis.

Para comenzar, entonces, propongo en primer lugar un cierto estado de alerta para reconocer el hecho de violencia, el uso de la violencia como ejercicio del poder, y diferenciarla de la violencia con que caracterizamos a lo que es disenso, discusión -aun acalorada- de ideas, desacuerdos fundamentados, prácticas comunes entre pares que se diferencian entre sí y no adscriben al ideal de pegoteada gran familia feminista.

Propongo también -tal como solemos hacer en otros casos- estimular a la víctima a ejercer su legítima defensa, y acompañarla en este trabajo difícil. Esto incluye socializarlo políticamente, sacarlo de los teléfonos y los pasillos, del chisme, el rumor y la queja. La solidaridad se expresa no sólo en el afecto sino en la compañía lúcida, en el sumar las fuerzas que tengamos, en lo visible de una toma de posición individual, grupal, institucional. Y tomar posición mediante un método de análisis feminista es distinto que dividirse en bandos por amistad o enemistad.

¿Quiénes somos nosotras, mujeres, feministas, argentinas?

Si es cierto que las mujeres no son "las otras", si es cierto que las golpeadas, las violadas, no son "ellas", tendríamos que trabajar entre nosotras con los mismos criterios, valores, la misma cosmovisión producida por la conciencia que nos hace luchar contra el sometimiento a los varones, el sexismo, toda forma de opresión.

Por lo tanto, y en primer lugar, continúo insistiendo en que es preciso reconocer la existencia de actos de violencia por parte de feministas. Y la existencia de quienes aún nos sometemos a ella, la existencia de quienes nos sometemos al autoritarismo de una feminista; de quienes somos física, psicológica o simbólicamente golpeadas por una feminista; de quienes somos discriminadas por una feminista a causa de nuestra elección sexual o nuestra militancia partidaria. Poder ver, primero, -y casi todas podemos, además, dar testimonio- y poder pensar juntas luego.

Encapsular o aceptar el encapsulamiento de las víctimas poco tiene que ver con la solidaridad, la protección o la seguridad."Es un tema muy complejo", tan complejo que corre el riesgo de producir un nuevo y rarísimo tipo de discriminación, y no se entiende en favor de quiénes o de qué cosa.

hilda rais. diciembre del 87.

CeDInCI